

Forja

Nº 25. Invierno. 2012-13.

Boletín de la Asociación Mesa de Trabajo por los Navalmorales. Dirección y Consejo de Redacción: Junta Directiva. Fotografías: Forja y colaboradores. Ilustraciones: Microsoft.

Sumario

- *Habla Forja.
- *La calera.
- *Crónicas apócrifas. El espartal.
- *La Mirada Verde.
- *Botellín-Botellón.
- *Palabras de Paco Torres.
- *Retratatest.
- *Cosas de aquí.



HABLA FORJA

Sonreíd, es Navidad. Lo cierto es que la sonrisa es cada año más forzada, pero es lo único que aún no nos han podido recortar ni lograrán hacerlo. Usureros, especuladores, politicastos y gentes de buen vivir nos han metido en una encerrona de la que nos costará salir, en la que muchos se quedarán en el camino. Es así. Y, ¿Qué podemos hacer? ¿Gritar, llorar, salir a la calle, una revolución más...? No. Sonriamos, de nuevo es Navidad.

Esta vez vamos a disparar con sonrisas y no con balas, haremos una muralla, *una muralla que vaya desde la playa hasta el monte, desde el monte hasta la playa...* Una muralla en la que cada piedra será una sonrisa, una muralla infranqueable para ellos, porque no lograrán entender que sonriamos frente a la adversidad, que seamos solidarios en nuestra miseria, que disfrutemos porque cada día amanece y lo vivimos, porque llueve y nos mojamos, porque hace frío y nos calentamos con abrazos, porque de nuevo es Navidad y sonreímos.

Desde este número de FORJA deseamos lanzar un mensaje de ESPERANZA, de ILUSIÓN y de CORAJE ante la adversidad, practiquemos el deporte del SONRISING con todo el mundo en general, y lancemos un mensaje de UNIDAD de todos los españoles, hagamos oídos sordos a los politiquillos que intentan enfrentarnos por el hecho de vivir en uno u otro territorio de España, porque la tierra en que nacemos no

nos pertenece, ni Castilla a los Castellanos, ni Andalucía a los Andaluces, ni Cataluña a los Catalanes, tan solo es un sitio donde estamos de prestado por un tiempo y nada más, un lugar que deberíamos dejar mejor que lo encontramos para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos puedan seguir disfrutando por los siglos de los siglos...

No queremos cerrar este número sin dedicar unas palabras a la memoria de FÉLIX DEL PUERTO, persona muy querida y padre de nuestro compañero Paco. Félix nos dejó este verano. Desde estas páginas le recordamos con cariño y lamentamos la pérdida de una gran persona. QUE EN PAZ DESCANSES, FÉLIX.

Y gracias. Gracias a todos los amigos de Forja. A los que colaboran de una u otra forma y a los que nos siguen en cada número.

A todos, os deseamos unas felices fiestas y un excelente año 2013, que lo haremos mejor con nuestra sonrisa.

Seguro.



Teresa de Castro

Presidenta de la Asociación

Mesa de Trabajo por Los Navalmorales.

LA CALERA

Memoria de un tiempo de trabajo



A principios del siglo pasado, tío Bernardino compró una finca llamada La Calera, un espacio limitado por tapiales blancos, con su portalón, su huerta, un pozo artesano y un cercado de olivas, en cuyos lindazos de piedra seca crecían recias las parras y las higueras. Era allí, en La Calera, donde tío Bernardino iba a demostrar qué poderío tiene una cabeza bien organizada.

Como dicen en el pueblo, ese cacho tierra podría convertirse en una industria que le haría trabajar duro a él y a los suyos, sí, pero que les permitiría despegar de una

humildad de siglos. Y así fue, aunque desde el principio, tío Bernardino se encontró con la animadversión de algunos ricos del pueblo, que no veían con buenos ojos aquel futuro en ciernes. Menos mal que tío Apolonio, su padre, resolvió con discreción la mala uva de un bribón, que hasta quiso malograr el camino público que llevaba a La Calera.

Después de diversos proyectos, tío Bernardino, diestramente aconsejado por su padre, construyó en el portalón un horno de cal, ese material imprescindible para la argamasa de tapiales y paredes, en una época en la que el cemento y el hormigón eran aún cosa del futuro. No era cal para encalar, no. Era una cal venida del fondo de los siglos, blanco testigo de un mundo de ingenieros romanos y alarifes árabes, sabiduría de un mundo antiguo cuyo cordón umbilical nunca olvidaron en el pueblo.

De todo el contorno acudían para abastecerse de cal. Y de todo el contorno acudían a tío Bernardino, para que se llevase de sus fincas y de sus huertas las piedras que les estorbaban, piedras blancas de caliza que él y sus hijas sabían convertir en cal para los muros y las bardas de casas y de labranzas, de corrales y de herrenes.

Pero llegó la guerra y el miedo paralizó la vida, y lo que ya parecía ser un futuro al alcance de la mano, quedó de repente paralizado y como sin respirar. La guerra, que todo lo pudre y todo lo embrutece, fue el comienzo de la decadencia de La Calera. Aún siguió durante años manando blanca cal de su horno de carbonilla, pero ya no era un futuro cercano e ingenioso sino una rémora de tiempos y dolores. Y en ellos se quedó tío Apolonio, y poco después, su hijo. La viuda, tía Evarista, y sus hijas siguieron la senda trazada por tío Bernardino, y el horno fue una fuente segura de ingresos en aquella dura época. Pero poco a poco el rendimiento fue cayendo, a pesar del esfuerzo inmenso de las hijas, esas mujeres valientes y huérfanas, que siguieron trabajando incansables en el horno de cal hasta que la vida les fue juntando a sus hombres, cuyos oficios les llamaban por otros derroteros.

Así fue como a finales de los cincuenta La Calera empezó a languidecer: Esa es la época que recuerda Mariví, cuando con una cesta cogendera llevaba el puchero de cocido a su tía Nena, la más joven de las hermanas, que por entonces era quien se encargaba de La Calera.

Algunos años más tarde murió la abuela Evarista y se repartió la herencia siguiendo la costumbre. Se siguió recogiendo las uvas de las parras, los higos melares y la cosecha de garbanzos del cercado, pero el horno fue cayendo en una melancolía de cal y de cenizas a la espera de alguna savia nueva. De cal, lo que se dice cal, poco a poco no fue quedando más que el nombre.

Hacia 1967 y con casi cincuenta y cinco años, llegó Telesforo a La Calera, recién jubilado del ejército. Y llegó alentado por el tesón de su mujer, Sixta, hija de tío Bernardino, con la ilusión de que aquella modesta industria y su entorno se convirtieran en una huerta feraz y apacible de frutas y de otoños.

Telesforo echó mano de su ingenio y organizó seis meses de su vida cada año para que aquel espacio de agua, aire y tierra fuera un poco su paraíso de frutos y verduras, de sombras y sudores. Colocó un motor de gasolina para subir agua de aquel pozo de agua fina que tuvo que ahondar, removió la tierra de toda La Calera, aupó paredes, reforzó cimientos, desplazó piedras, allanó el terreno, extendió la tierra, recompuso el portalón, ideó formas diversas de aprovechamiento del agua, y aplicó sus conocimientos de matemáticas y de física para la reorganización del terreno de regadío.

Plantó higueras, sembró patatas y tomates, cuidó habas y lechugas, cosechó garbanzos, cortó racimos de uvas olederas, vareó almendros, cuidó cebollinos y pimientos, rebuscó espárragos, plantó azucenas y rosales, hasta se atrevió con las chumberas, que en la sazón del verano arracimaban jugosos higos que él cogía con una tenaza y luego limpiaba con agua y una buena vara para dejarlos dispuestos como un manjar de lujo. Había reunido en aquel espacio lo mejor de su infancia y, sabiamente, había dejado fuera todas las pócimas que la vida le obliga a uno a probar. En La Calera, donde él era el rey, diversificó las siembras para tener fruta y verdura casi todo el año. Su mujer protestaba siempre –“Me sale más caro que comprarlo en la tienda”- aunque en su fuero interno sonriera de placer. Podría decirse que, durante más de treinta años, La Calera fue su despensa.

Telesforo acostumbraba a ir de buena mañana a La Calera. Andando a buen paso, llegaba, se ponía los pantalones azulones, se calaba el sombrero de paja y se calzaba unas botas cómodas y acostumbradas a sus pies desde hacía muchos años. Regaba, rozaba, segaba, sachaba, escardaba, oteaba las brevas, miraba los albaricoques, intuía cómo se iban a portar los almendros y, a la hora del ángelus, se disponía a volver a casa, llevando siempre algo en su cesta.

Este verano pasado, con 98 años bien cumplidos, Telesforo aún ha ido a La Calera. Arrimaba yo el coche junto a su puerta a las ocho en punto, siempre me estaba ya esperando, y nos íbamos un par de veces por semana a regar, a tapar las uvas para guardarlas de los pájaros y a limpiar y cavar lindes y alcorques. Mientras yo llevaba cubos de agua a algunos arbolillos, él, imponente como un héroe griego, con su camiseta de tirantes y su sombrero de paja, ajustaba la abertura de sus ojos al resplandor del sol y subía cubos de agua acariciando la carrucha del pozo. Así se olvidaba de sus muchos años. Aún ha vareado más de quince almendros, y todavía



le he visto comer uvas e higos a pecho y con deseo. El bastón quedaba en el portalón, pues la tierra, blanda, le sustentaba con un plus de fuerza y juventud.

Y en este invierno seco de agua y raro de fríos, mientras Telesforo está en su casa de Madrid, cerca de su radiador preferido, oye a su hija Mariví, que le cuenta que un muro de La Calera se han venido abajo y que ha habido que hacer desde los cimientos.

Otra vez la noria de la vida, como si a un tiempo de hermosura le tuviera que suceder otro de decadencia, y luego uno más de quietud y silencio. Para volver, más tarde, a renacer en un soplo nuevo de vida.



Siempre quedará grabado en su memoria
ese dromedario que lucen tus tapiales
coronados de tejas sabiamente dispuestas
para que la lluvia no cale en sus adentros.

Esas tejas que en invierno
rebotan de nieve en polvo
mientras los árboles duermen
en silencio y al viento.

Jesús Bermejo

III



Entre copas de aguardiente y algún que otro curioso que se les arrimó, lo habían estado largamente meditando en la taberna de Piporro. Fue allí donde el Veterinario, Don Armando y Heliodoro tomaron la decisión definitiva. Ya estaban hartos de hacer conjeturas y ocultar temores sobre alguna posible enfermedad de los cerdos. Y acabaron de hartarse al descubrir vacíos los barrancos de los enterramientos.

Es cierto que nadie se explicaba la muerte de los animales, pero la extraña desaparición de sus cadáveres hacía más sospechosa esas muertes y más necesaria su investigación. El veterinario creía tener controlado cualquier tipo de enfermedad o de epidemia, y conocía los síntomas de todas las que se producían en la

zona. Por eso estaba intrigado pensando qué nuevo contagio afectaba ahora a los animales que presentaban poca señales de violencia o de lucha, pero sí una hemorragia abundante e inusual que brotaba de sus bocas, como si algún tipo de herida interna, de origen desconocido, diezmara, sañuda, metódicamente la piara.

Por ello se puso manos a la obra y preparó todo el instrumental que poseía en su laboratorio. Por eso Heliodoro no había enterrado aquella mañana el animal que encontró cadáver junto al bebedero de piedra del corralón. Lo cargó en un volquete y, bien tapado, oculto a la vista de cualquier curioso, acudió con él y con su dueño al matadero buscando la presencia del veterinario.

Sin demasiadas contemplaciones lo depositaron en una de las mesas utilizadas para la matanza. Con impaciencia lo abrieron en canal. Según iban apareciendo las vísceras y las asaduras, iba apareciendo un interior sanguinolento, rojizo. Mas ensangrentado cuando más próximo al estómago.

-Hay que abrirlo. Aquí puede estar la causa

El veterinario, hábilmente, de un tajo limpio con su bisturí abrió un gran boquete en el tejido y dejó caer su contenido sobre la mesa, apareció una bola de pienso a medio digerir, una sopa densa y sanguinolenta. Y brillos, muchos brillos de metal agudo centelleando en la densa papilla del estómago. Alfileres con destellos de sangre sobre la mesa, sobre los ojillos curiosos de Heliodoro, sobre la rabia del amo, sobre la frente pensativa del afanoso veterinario.

- ¡Andaj ¡La leche, esto sí que es buenoj ¿A quién se le habrá ocurrido?

- ¿Está clara la “epidemia”?

- Joder...! Ya lo creo ¡

- Hablaremos con Remigio y con la guardia civil.

- Y tú, Heliodoro, ándate con ojo, que no estará muy lejos quien sea.

Si Emiliano no hubiera llegado al anochecer al pueblo y no hubiese tenido ganas entrar en él bordeando la falda del Cerro Grande, por el chaparral... Si no hubiera sido tan miedoso..., si plantase cara sin buscar refugio en la espesura de los olivares... Si no tuviera tan presentes las últimas amenazas junto a las tapias del cementerio viejo, si no se amilanase al reconocer la silueta de la gitana de la boca tuerta, el perfil de su acompañante... Si no recordara sus palabras, sus gritos, el silbido de sus pedradas... las eras del espartal... Si no hubiera regresado al resentimiento de aquel día, a su soledad, a la incomprensión, al egoísmo protector... Tal vez no se hubiera sentado entre las ramas de una higuera esperando el paso franco para continuar su camino. Pero el camino seguía ocupado por el trajín de la pareja junto las tapias del corral que aposentaba los mejores cerdos de la zona. Distinguió a la gitana de la boca tuerta, distinguió a su compañero. La escasa distancia que los separaba de la huerta hacía que Emiliano esperase con paciencia el fin de la tarea, de aquel extraño ajeteo en las paredes del corral de Don Armando.

Remigio se sintió más próximo a la verdad, vio que el asunto empezaba a tomar color cuando el veterinario le contó el resultado del examen. Sus conjeturas y sus pensamientos se iban acercando a sus sospechas iniciales. Tomaban cuerpo de figuras cautelosas entre los olivares, en los atardeceres. Figuras encorvadas por el peso frecuente de una excesivo y volúmenes saca con dibujaban cada vez con más fuerza en su cerebro, tomaban forma en su imaginación unas presencias escurridizas y omnipresentes.



contó el resultado del examen. Sus conjeturas y sus pensamientos se iban acercando a sus sospechas iniciales. Tomaban cuerpo de figuras cautelosas entre los olivares, en los atardeceres. Figuras encorvadas por el peso frecuente de una excesivo y volúmenes saca con dibujaban cada vez con más fuerza en su cerebro, tomaban forma en su imaginación unas presencias escurridizas y omnipresentes.

También pensaba que la invisibilidad de estas presencias debía poseer alguna fisura, alguna excepción no ajena al vagabundeo por los caminos, ocupados en menesteres más productivos. Alguien podría haber visto en alguna ocasión un movimiento raro, una manipulación oculta a los demás, algún gesto que sirviera de pista, algún hecho definitivo y comprobable. Remigio no creía en fantasmas. Pero sí en cerdos con cuerpos desaparecidos, con gentes que por algún provechoso motivo los hacían evaporarse. Poseía una desconfianza ancestral hacia el misterio y el vivir de algunos rafaeles y algunos heredias, vagabundos y trasgresores, pero no había en este caso ningún hecho probado que pudiera afirmar la incierta teoría concebida por el municipal.

Y contra esas formas escurridizas y omnipresentes se le ocurrió la posibilidad de otra forma omnipresente y errabunda, y no demasiado amiga de las siluetas escurridizas que posiblemente assolaban la ganadería de Don Armando, que se ocultaban en calculados olivares y solitarios caminos. Y lo encontró donde otras tardes. Trazando la soledad de sus senderos junto a las tapias largas y marrones de la huertas que salen del pueblo junto al arroyo de las Navajas, hacia la Cruz de los Menesterosos.

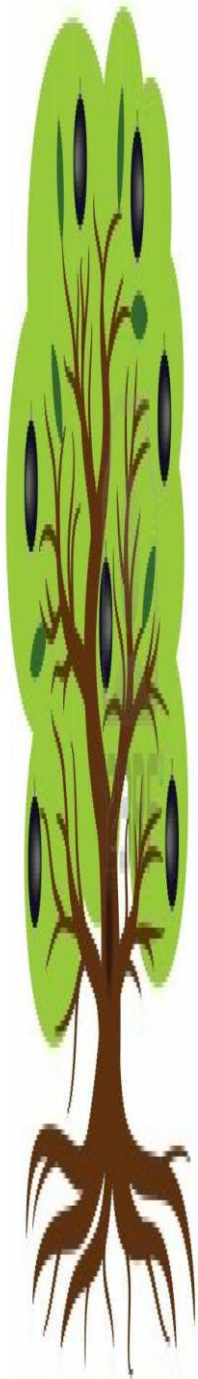
Y allí, sentados a las escalinatas de granito, como otras tantas veces, liaron sus cigarros de caldo y compartieron charla: mirando el rodar de algún camión que paraba a la puerta de la fábrica de harinas, mirando el paso de los huertanos con sus serones cargados y sus asnos que establecían el equilibrio menudeando las pisadas entre los cascos y el peso de los serones, de las aguaderas cargadas a tope, mirando el rodar parsimonioso de los volquetes... el fluir cansado de la tarde.

Y mientras todo el ajeteo campesino regresaba a la casa protectora, al descanso restaurador, Emiliano y el policía escudriñaban las andanzas de la extraña pareja que había puesto en jaque la perspicacia del alguacil y la paciencia de los ganaderos. Pero que confirmaron todas sus sospechas. Las palabras de Emiliano aseguraban una a una las hipótesis que el insomnio había sembrado en la mente desconfiada del agente municipal. Cuando Emiliano le fue contando los guisos que preparaban en su asentamiento del cementerio viejo - el corral de Sabina- Cómo los había visto otro día, al atardecer, cargando un borriquillo que apenas levantaba el peso de la enorme saca, abultada de extraña manera, en el olivar cercano al corral de Don Armando y cómo aquella tarde, hace dos días, también al anochecer, contempló sus maniobras en la tapia del mismo corral.

Le contó el miedo que pasó, que no se atrevió a continuar andando por lo ocurrido con ellos aquel mediodía, cuando salió de la taberna de Piporro y les pidió de comer. Cuando le echaron con insultos y pedradas. Cómo, hace dos días, se escondió entre las zarzas de la huerta de Pío, al lado del arroyuelo que pasa por la rasillera. Que esa tarde al ver de nuevo a la gitana de la boca tuerta y al compañero que traía este año, con más mala pinta, con peor leche que ningún otro de los que la habían acompañado otras veces, el miedo lo obligó a esconderse y pudo ver todo lo que hacía la pareja.

La gitana sacaba de entre sus sayas unas bolas de pienso a las que iba incrustando alfileres y más alfileres que se perdían entre la masa. Luego se las pasaba al compañero subido en la pared a horcajadas. Y vio que el gitano, con pinta de bandolero, con la decisión y la tranquilidad del que no tiene miedo, del que sabe que no va a ser descubierto, que no va a ser delatado por el simple terror que provoca en la gente, recogía las pelotas y las metía en un zurrón. Con él terminaba de saltar la tapia y, después de un tiempo en que el aire se llenaba del revuelo de los cerdos, de sus gruñidos, del ruido de alguna carrera, chillidos..., el silencio calmaba el bullicio del corral, asentaba el polvo originado. La tranquilidad se posesionaba del lugar, del espacio donde la gitana, sentada en el abrevadero de piedra, en la encrucijada donde se paraban las bestias a calmar su cansancio y su sed, esperaba confiadamente la vuelta del hombre, donde le daba el agua si alguna presencia sospechosa circulaba cerca.

En el corral de Agustín. En corro, alrededor de la lumbre donde cuecen los pucheros, donde los cuerpos recobran su lasitud perdida en el frío del otoño, estaban reunidos los gitanos viejos. Habla lentamente el abuelo de Rafael y se van pasando, una a una, las tazas de espeso café, de negro aroma que desentumece las manos y alivia el corazón del agobio de culpa colectiva. Los más jóvenes forman otro corro concéntrico alrededor de los ancianos y escuchan, detrás de ellos, lo que dice su experiencia, su sabiduría marcada en las caras por el tiempo y la vida. Y habla el abuelo de los abuelos, el patriarca de los patriarcas, el más veterano de todos los que se asientan esa noche en el pueblo.



-Escuchadme porque ha pasado algo importante para nosotros. Ya sé que ninguno de los que aquí estamos tiene culpa, que nos portamos bien con la gente del pueblo y la gente se porta bien con nosotros. Nos quiere. ¿Verdad, Rafael? Nos deja sus corrales para que no durmamos al raso, ni pasemos frío. Nos compra nuestras cestas, nuestros hijos juegan con los suyos. Dejan las puertas de sus casas abiertas y en sus tiendas nos fían cuando andamos mal de perras. Trabajamos con ellos en la aceituna. Si estamos enfermos nos ayudan. El médico, el practicante y hasta el cura se interesan por nosotros. Nunca nos han dado la espalda, ni siquiera nos han tratado mal. Pero ha venido el amigo Remigio a contarme una cosa que sospecho es verdad. Que él ha descubierto con el veterinario y que es una deshonra para nuestra gente. Porque esta gente no se merece que ninguno de los nuestros le haga una faena así, porque, además, nosotros no somos bandoleros ni ladrones. Eso lo saben ellos muy bien, por eso están más disgustados. Y es una mancha que tenemos que lavar ahora mismo. Entre otras cosas, porque, si no lo hacemos, nos cerrará las puertas de muchas casas y los caminos de muchos pueblos. Cuenta, Remigio, cuenta lo que sabes y di aquí la verdad, como me la has dicho a mí, antes de ir a los guardias. Porque tú no has hablado con los guardias, ¿verdad?

-Sabes bien que no. Te lo juro. Si lo hubiera hecho no habría venido a contar con vosotros. Y me juego mucho, pero prefiero que lo arregléis a vuestra manera, que es más útil que la de la justicia.

-Se lo agradecemos y esperamos que sea cierto lo que usted diga, de lo contrario...

-Tú cállate, eres muy joven para hablar. Ya llegará tu hora. Ahora escucha y obedece. Es nuestra ley. Nuestra honra la que se pierde o no.

-Aquí nadie la va a atacar. Cortó otro viejo, cercano al jovencillo que había hablado.

Cuando Remigio les entregó el pañuelo, encontrado en el olivar y les contó sus sospechas, asintieron muchos porque ya sabían o suponían lo que pasaba con la pareja, aunque sólo les hacían responsables de algunos hurtos menores y más soportables, de los que no habían recibido más quejas de las habituales en otras épocas y que la gente aguantaba con ligeros cabreos y con la comprensión de un pobre hacia otros, más pobres aún. Pero aquello era lo más gordo que había sucedido hasta ahora, lo que tenía preocupado a personas importantes del pueblo y lo que podía acarrear la expulsión de todos ellos y la vergüenza durante muchos años por culpa de aquella gitana ladrona y de su familia.



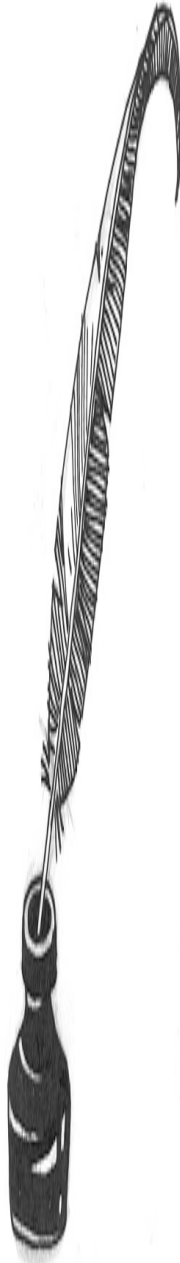
Las palabras del municipal convencieron a todos. Y todos aceptaron la decisión del abuelo. Y el abuelo, acompañado de los otros ancianos, protegidos por todos sus jóvenes, salió hacia las tapias del cementerio viejo donde acampaban los ladrones. Donde no esperaban que les alcanzase la justicia del pueblo, donde se encontraron que su propia justicia tenía la vara más larga y más difícil de burlar.

Los siguientes días fueron tranquilos y amigables para Heliodoro, para su amo, para el veterinario que contaba su descubrimiento y ensalzaba su perspicacia y su habilidad en los corrillos y mentideros de las tabernas. Donde Emiliano era bien recibido, sin bromas pesadas, sin la angustia de buscar caras amigas, sin la soledad del destierro de los caminos. Y Remigio volvió a sus regañinas, a blandir la vara de bambú por las cuatro calles, por el Rollo, en los muros bajos del arroyo, junto a la fuente de los seis chorros. En la verjas donde los muchachos de nuevo se colgaban por falta de castigo municipal, por falta de tener que resguardar sus culos de las iras protectoras del munícipe.

Porque al día siguiente la boca tuerta de la gitana, el rostro patibulario de su novio, la furia del viejo y las iras del churumbel se convirtieron en un simple recuerdo, una mancha de humo en las piedras viejas del cementerio donde Emiliano recobró la paz de los caminos.

Y todo volvió a su sitio. Al lado de las arruinadas paredes del cementerio viejo cuatro personas se apresuraron a cargar sus bártulos, a aparejar sus mulas, a engancharlas a la carreta con los galgos, los porrones y los cántaros. La gitana de la boca tuerta y su compañero mal encarado dejaron un pequeño envoltorio en las manos del abuelo. Y agacharon la cabeza. Y tomaron su tartana, y sus mulas, y sus galgos. Y se perdieron por el camino de Santa Ana buscando algún espacio libre de sus hazañas. Mientras, el envoltorio pasaba de las manos del anciano patriarca a las manos del municipal que lo depositaron en las de don Armando. Este contó y guardó los billetes con el inesperado alivio y el agradecimiento del que no confía demasiado en la suerte o en la palabra ajena.

Germán Pinto



Desde la Mirada Verde, queremos aprovechar la oportunidad que nos ha ofrecido la revista Forja, para hacer balance del primer año de nuestra asociación.

Queremos comenzar dando las gracias al Ayuntamiento por todo su apoyo. También a todas las personas que con su colaboración han contribuido a la realización de todos nuestros proyectos, y a todos los que haciéndose socios nos han ayudado económicamente.

Durante este año hemos participado en numerosos actos, tales como:

- **La Jornada Medio-Ambiental.** Organizada por la Cruz Roja Local, con la colaboración y participación de otras asociaciones de nuestro pueblo como son el A.M.P.A, y la Asociación Femenina La Amistad. En esta jornada se recogieron bellotas junto a un grupo de usuarios del Centro Ocupacional Municipal Louis Braille de Talavera de la Reina, y del Centro Ocupacional Alfil de Navahermosa, el día terminó degustando unas riquísimas migas en un paraje especial como es el molino ecológico de nuestra localidad.



- En el mes de diciembre se asistió a la **Fiesta de La Matanza** en la localidad de Navahermosa, invitados por su alcaldesa, una vez allí aprovechamos para visitar el Centro Ocupacional de esta localidad.

- En Navidad se participó en el **Belén Viviente** de integración social realizado en la Plaza de las Flores.

- En marzo tuvo lugar la inauguración del **Área de Descanso**, un proyecto lleno de ilusión, en el que desde la asociación hemos puesto mucho interés, ya que consideramos que es algo muy positivo pues pueden asistir personas mayores y con discapacidad, dos días a la semana, no solo de Los Navalmorales sino también de los pueblos colindantes. Actualmente contamos con usuarios de las poblaciones de San Martín y Los Navalucillos. Se ha contado con un grupo de voluntarios que organizan las actividades lúdicas, que permiten a los usuarios pasar un rato muy agradable. Queremos destacar el valor humano de estos voluntarios pues sin ellos este proyecto no se hubiese realizado.



Desde la asociación informamos que a partir del próximo mes de octubre inauguraremos la segunda etapa del Área de Descanso. Nos gustaría que quien esté interesado en asistir nos lo comunique.

Un año más se organizó la **Fiesta de La Primavera**, siendo un éxito como en otras ocasiones, fue un día repleto de actividades y diversión, en definitiva un día estupendo para todos los asistentes. La jornada transcurrió entre juegos, cánticos, bailes, reparto de medallas y premios. Hay que destacar la participación del cantante de copla Oscar Recio.

Una vez más nuestro sincero agradecimiento a todas aquellas entidades, asociaciones y personas que con su ayuda hacen más verde nuestra mirada.

“No es la discapacidad lo que hace difícil la vida, sino los pensamientos y acciones de los demás”.

Asociación La Mirada Verde

C/. Fray José de Talavera, 22

54140 Los Navalmorales

(Toledo)

Teléfonos:

925 40 50 04

610 03 34 20

695 666 436



Es curioso. Ahora resulta que nuestros jóvenes “necesitan” un sitio oficial para hacer lo que ellos denominan **BOTELLÓN**. Y si no se les deja un lugar adecuado y bien iluminado, se cabrean y montan un pollo a la policía, autoridades o a cualquier vecino que pretenda dormir en su casa a las horas razonables destinadas a ello.



Pero eso no es lo peor; algunos de ellos se dedican a reventar botellas contra la pared más próxima y a desparramar la basura que generan alrededor de un magnífico contenedor que el ayuntamiento pone a su disposición por si acaso tienen a bien abrir la tapa y echar sus desperdicios en el interior. ¿Y cuál es la excusa? Que las copas en los bares son muy caras. Pero esa no es la verdad. La verdad es que el propósito es emborracharse, simple y llanamente. Y para emborracharse de cubatas o similar, hacen falta muchas copas, y para eso, sí que es caro hacerlo en el bar.

No quiero parecer arcaico ni antiguo ni nada similar, pero en mi época de joven, muy pocos podían pagar el precio de un cubata. Nos conformábamos con tomar de vez en cuando un **BOTELLÍN** de cerveza de pocas pesetas, un chato de vino en el pucherillo (taberna magnífica de Los Navalmorales) o un cortito en el bar Capitol (el de Enrique), con unos calamares “bocatto di cardinale” que hacía nuestro querido Marcelino, a quién Dios tenga en su Gloria, que no costaba más allá de 3 o 4 pesetas...

Pero claro, hoy los chicos son distintos. No se conforman con tomar uno o dos cubatas en un local “ad hoc”. Necesitan emborracharse con cierta frecuencia hasta donde la espalda pierde su nombre porque, en caso contrario, no son felices. Triste, sencillamente triste. Qué pena.

Lo peor no es eso. Lo peor es que cuentan con la connivencia de las autoridades, ya que nadie toma medidas al respecto. Más bien al contrario, se procura no molestar demasiado a los chicos del botellón, no vaya a ser que se sientan discriminados o agredidos en sus “derechos”, que ejercen a sus anchas invadiendo los derechos de otros vecinos al descanso, que ven con impotencia cómo son pisoteados sin que nadie ponga remedio. Algunos energúmenos piensan que son ellos los que deciden cómo y cuándo se debe dormir, sin que los gritos o los altavoces con cuatro ruedas (antes coche) lo impidan.

Pero no quiero descargar toda la responsabilidad sobre ellos. Se siembra un árbol con el objetivo de que crezca recto, sano y robusto. Si el árbol tiene tendencia a torcerse, se le pone un tutor... ¿Sigo o está bastante claro? La culpa es del jardinero que no ha hecho bien su trabajo, si es que al final el árbol crece torcido.

Cada palo que aguante su vela, pero hoy día en nuestro país, desde padres indulgentes a ayuntamientos inoperantes, pasando por profesionales de la educación y representantes de la justicia, existe todo un abanico de adultos que no hacemos bien nuestra labor de educadores y garantes de la libertad, permitiendo que nuestros pequeños árboles crezcan torcidos, pensando que todo el monte es orégano, que el mundo es suyo y que son poseedores de todos los derechos y en absoluto responsables de sus deberes, sencillamente porque así se lo hemos transmitido, seguramente de forma involuntaria.

En fin, la foto que adjunto es la de una plaza cualquiera, en nuestro pueblo, en un fin de semana cualquiera en el que nuestros jóvenes decidieron hacer su botellón sin reparar en los vecinos ni ejercer el mínimo deber cívico de dejar limpio el lugar que ensuciaron. Es su forma de interpretar las normas de convivencia: Primero yo, luego yo y después yo. Si hago ruido de madrugada a tu misma puerta (y ojalá solo fuera ruido), te aguantas. Y la basura que genero, que la recoja el ayuntamiento que para eso está.

Pero no hace falta que haya botellón, simplemente un día cualquiera entre semana, si paseamos por los alrededores de los institutos, veremos como la basura, en forma de bolsas vacías ganchitos, patatas, latas de refrescos, etc., es arrojada por muchos de los chicos y chicas que salen entre clases. No me lo invento, se puede comprobar dando un pequeño paseo por la zona. ¿Por qué lo hacen? Creo que tan solo es por falta de educación, tanto en casa como en el colegio. Ciertamente es que en los últimos años los profesores han visto muy mermada su autoridad (craso error del Estado), y que, en algunos casos, evitan corregir ciertas conductas por miedo a las represalias, pero entre la barbaridad de “la letra con sangre entra” y la laxitud moral del “que pasa, colega”, existe un término medio, equilibrado y basado simplemente en el **RESPECTO A LOS DEMÁS Y AL ENTORNO**, que permite la convivencia en comunidad, la aplicación sin titubeo de las normas básicas de conducta y la **EDUCACIÓN** en el más amplio sentido de la palabra...

Repito, cada palo aguantemos nuestra vela, pero intentemos entre todos ser buenos tutores de los árboles que mañana llenarán nuestros bosques, de las chicas y chicos que un día se convertirán en jardineros, para que, llegado su momento, sepan cuidar de las mejores plantas del jardín: El respeto mutuo y la libertad de todos, sin invadir en un ápice la de los demás. Ojalá sea así.

Antonio Martin



Señoras y señores, bellezas y autoridades: paisanos todos:

Son muchos los recuerdos que me trae esta plaza de toros: he pintado, más de una vez, los números de los asientos, he arrancado la hierba del ruedo, jalbegado, estuve de taquillero, he visto levantamiento de peso y vuelo sin motor, voceado y pedido orejas desde Sol, tirado algún penalty cuando era patio de recreo del Instituto, escribí alguna crónica de toros ayudado por el experto Emilio del Puerto y, muy nervioso, entrevisté a Rafael Peralta. Organicé, no sé cómo, un festival de rock y de folk, además de un certamen de poesía, (alguien se acordará de esto). Actué con la orquesta y fuimos teloneros de los Amaya (caramelos)... y, quien me iba a decir que volvería por aquí, afortunadamente y a mis años, para recibir, rodeado de bellezas, con humildad y entusiasmo un premio o reconocimiento, quizás no merecido, pero que me sabe a gloria; y como Cervantes aconsejó **“que está muy puesto en razón que los que reciban algún beneficio se muestren agradecidos”**, yo le tomo la



palabra, y paso a agradecer, a mucha gente este “Olivo de plata”, porque uno puede llevar el pueblo/nuestro pueblo en el corazón y renombrarlo por España entera, pero sin respaldo o apoyo es difícil que esa intención, nada egoísta, tenga el eco necesario para que el aplauso sea cerrado y los bravos bien gritados.

Fernando Fernán Gómez, con el que trabajé en cine y teatro, nos decía en los ensayos: **“haced siempre todo con la misma intensidad haya cuatro o**

cuatrocientos gatos, porque siempre habrá algún puñetero que solo se fijará en lo malo”... pues bien, yo he tenido la suerte de que alguien de por aquí, no sé si puñetero, se haya fijado, y yo me alegro, en mi constante propaganda de la cultura popular (“ ser de pueblo es como un don de Dios,” escribió Delibes) y en la loa o alabanza de mi pueblo/ nuestro pueblo en particular; lo ha visto positivo y me ha propuesto para éste galardón; por tanto, a esa persona, ya le entrego, de por vida, mi agradecimiento entero y “verdadero”, extensivo a toda la Corporación actual que, con el Sr. Alcalde al frente, lo ha aprobado. Todas las Corporaciones, de unos años acá, presididas por alcaldes de uno y otro sexo y signo político, también merecen mi gratitud por haber apoyado mi libro y haberme contratado actuaciones con “Pícaros Ambulantes”, actuaciones en las que se podía apreciar ese gusto por lo nuestro y que tenían su “veneno” (intríngruli,) porque, oye, mostrar, profesionalmente, éste trabajo mío en el que se hace difícil “ contentar a tantos gustos y dar gusto a tantas gentes”, que dijo el clásico, y hacerlo en el pueblo que te vio nacer y crecer y en donde te conocen “del derecho y del revés”, se convierte en un arma de doble filo, sobre todo sabiendo que aquí hay pilón, que se crían buenos tomates y que la gente gusta del buen teatro. Y he de confesar, que se “necesita” *talandango* o valor, y que, aun contando con “muchas tablas”, nunca sufrí tanta tensión, tanta duda, tantos nervios y tanto esfuerzo por gustar, como preparando las obras propias que aquí estrené..., pero también es cierto, “retalmente cierto”, como dice Añasco, que en ningún escenario, de los muchos en

los que he actuado, he disfrutado tanto como aquí con el recibimiento, las carcajadas, los aplausos y, en fin, el respeto y aprecio de muchos de vosotros, paisanos y amigos. No quiero olvidar a todos los actores aficionados del pueblo, ellos y ellas, que colaboraron conmigo, sobre todo en la **Jácara para el Privilegio de Villa**. También les pertenece algo éste “Olivo de plata”. Como pertenece a todos los compañeros de la orquesta: Ernesto ye-yé, El Grulla, El Galgo Lucas, Castelar, El Mega, Pirlimplín, El Rumba, Pianista Rosario y El Manoplas, pues en aquellos años de ilusiones juveniles y de carga y descarga, llevamos el nombre de Los Navalmorales por muchos lugares y medios de comunicación. Así pues, insisto en mis agradecimientos, y espero no dejarme a nadie, pues imagino que todos y todo lo mencionado ha podido tener su peso para que este generoso Ayuntamiento me conceda, en esta víspera de fiesta grande que nunca olvidaré, éste “Olivo de plata” que supone un empuje para mi trabajo y que dedico, con redobles sonoros y solo de trompeta y bombardino a toda mi familia, la primera y la segunda, la segunda y la primera, que el orden no altera el cariño y **especialmente**, va mi dedicatoria con crescendo y apoteosis final o sea *más cargá de bombo y platillo* y con todas mis fuerzas para Ana, mi mujer y para mi hijo Adrián porque “ de puertas padentro”....ellos me aguantan y me quieren, y saben lo que me cuesta todo en esta profesión mía tan hermosa y canalla a la vez y por eso valoran, mejor que nadie, la inmensa alegría, la satisfacción, las ganas y el orgullo con que recojo éste “Olivo de plata”, en mi pueblo y en noche tan especial que compartiremos y recordaremos juntos toda la vida.....



Y precisamente mi hijo, bautizado en esta Villa....

(Matices tienen los pedos y allá va la despedida)

12 Septiembre 2012

Paco Torres



RETRATATEST



En esta nueva sección de FORJA, trataremos de “retratar” a un personaje destacado de Los Navalmorales a través de una mini-entrevista de diez preguntas en la que intentaremos sonsacar su cara menos conocida, sus puntos fuertes y sus debilidades. Esta primera semana tengo el honor de contar con nuestro “CÓMICO” por excelencia: PACO TORRES. (¡El señor me coja confesado!) Vamos a ello:

Hola Paco, ante todo, felicidades por ese magnífico “OLIVO DE PLATA” que te ha otorgado merecidamente el ayuntamiento de Los Navalmorales.

1.- Ideas de un Pícaro como tú para una crisis como esta.

Buscar la solidaridad para con nosotros mismos, aprovechar lo que tenemos, cumplir cada uno con su deber, aminorar los delirios de grandeza, quitar privilegios a los poderosos y a sus cómplices que tanto derrochan, y estos, a su vez, pensar en el bien general y no en el suyo y en el de sus cómplices y Justicia, Justicia y Justicia que funcione y haga que se cumpla la ley en todo el país. Esta es la clave, entre otras, pero, digo yo ¿quién va a hacer caso a un pícaro?

2.-Qué España prefieres, ¿De Fútbol, toros, pan o circo?:

No me disgusta ninguna siempre que den trabajo y no colaboren con la “masedumbre ovina”

3.- Dinos a qué aspiras, en el mejor sentido de la palabra.

A vivir con salud y a disfrutarla con la mi gente.

4.- ¿Qué esperabas, qué esperas y qué esperarás de tu pueblo? ¿Te sientes querido u odiado?

Esperaba que el pueblo, en los últimos años, avanzase en el terreno laboral y social y espero que todavía y ¡todos a una! Lo consiga. Espero que las relaciones entre mis paisanos no se deterioren, que se hagan cumplir las normas y que se trabaje en asuntos serios y en colectividad. Me siento querido en mi pueblo. Creo que he tenido varias muestras de ello... quisiera no estar equivocado. Tanto como odiado, no creo; puede que haya gente que no me trague pero quizás sea por falta de charla o comunicación.

5.-¿ Para cuándo una nueva “jácara” escrita?

No tardando mucho. Aunque las que están escritas, ahora es difícil que las publiquen.

6.- ¿Beatles o Rollings?

Ambos. La preferencia va y ha ido en función de la edad, el momento y el acompañamiento.

7.- ¿Y tu vicio favorito? ...

A ti te lo voy a decir, para que lo cuentes en el bar...

8.- ¿En qué Dios crees?

En el de la generosidad, la honradez y el respeto.

9.- Dinos de que te arrepientes y en qué piedra volverías a tropezar con gusto.

Me arrepiento de no haber sabido, en más de una ocasión, parar y contar hasta diez o diez veces diez y de otras tantas que no caben en esta página. Volvería a “Trompezar” con gusto y regusto en mi juventud “gruñonamusicalconjunterafestivacriticabile.”

10.- Permiso para explayarte: Cuéntanos tus proyectos, ambiciones y miedos para 2013.

Agradezco que os acordéis de éste cómico *chocolatero* que lucha por la cultura popular y la defiende bien hecha y acabada en un país que va, a menudo, en contra de lo propio que, en parte, rechaza sus raíces y protege la CHAPUZA y la mediocridad de los palabreros de todos los colores.

Mis proyectos pasan por seguir ejerciendo mi profesión y, desde luego, pasan por que me contraten mucho. Mis ambiciones para el 2013 y siglos venideros se concretan en tener salud (¡Virgencita que me quede como estoy!), en ver a toda mi familia feliz y a los más jóvenes –hijo, sobrinos– verles abrirse camino en este mundo tan raro que les estamos “endilgando”

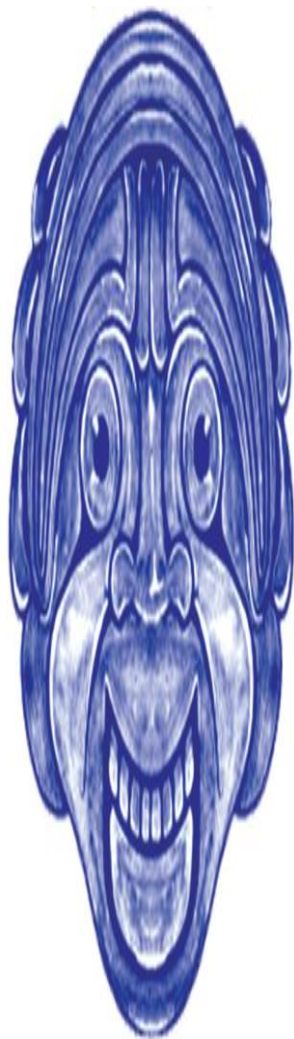
Me da miedo de que en España, todavía, en el siglo XXI no seamos capaces de entendernos y relacionarnos con sentido común y de que nos dejemos embelesar por asuntos “peliculeros” y sin importancia real para el futuro de todos. Me da miedo de tanto como se sigue “cogiendo el rábano por las hojas.”

Bueno, esto son cosas de Añasco el de Talavera, pícaro de cocina y recitador, que no sé ni cómo se le ocurre... ¡Con las *fachorias* que él acumula a sus costillas...!

Aprovecho para felicitar las Pascuas a todos los navalmoreños y desearles fuerza y poderío para levantar esto... (“esto”, ya se sabe lo que es) Saludos. Francisco Torres.-

Dedica este retrato a quien tú quieras y queda con Dios.

Un millón de gracias, ha sido un placer.



Antonio Martin

FORJA EN FARCAMA

OCTUBRE 2012



NAVIDAD

DICIEMBRE 2012





—
A M N